

SOPHIE

kinsella

TENGO TU NÚMERO

NOVELA



SOPHIE KINSELLA

Tengo tu Número

I've Got Your Number (2012)

ARGUMENTO:

Poppy Wyatt nunca se había sentido más afortunada. Está a punto de casarse con su hombre ideal, Magnus Tavish, pero en una sola tarde, su cuento de hadas comienza a desmoronarse. No solo ha perdido el anillo de compromiso durante un simulacro de incendio de un hotel, sino que en medio del pánico posterior, le robaron el móvil. Mientras deambula por el vestíbulo con las piernas temblorosas, divisa un teléfono abandonado en una papelera. ¡Quien lo encuentra se lo queda! Ahora podría dejar un número para que el hotel contactase con ella cuando encontrara su anillo. ¡Perfecto!

Bueno, sería perfecto de no ser porque el dueño del teléfono, el ejecutivo **Sam Roxton**, no está de acuerdo. Quiere recuperar su teléfono y no le hacer gracia que Poppy lea sus mensajes e invada su vida privada.

Lo que sigue es una hilarante e impredecible giro de los acontecimientos mientras Poppy y Sam ven como cada uno pone en entredicho la vida del otro a través de emails y mensajes de texto. Mientras Poppy hace malabarismos con los preparativos de la boda, unas misteriosas llamadas de teléfono y oculta su mano izquierda a Magnus y a los

padres de este... no tarda en darse cuenta de que está a punto de llevarse la mayor sorpresa de su vida.

SOBRE LA AUTORA:

Sophie Kinsella es una autora de gran éxito cuyas novelas se publican en cuarenta países. La venta total de los libros vendidos suma casi veinticinco millones de ejemplares. Ha escrito seis novelas en la serie *Loca por las compras*, protagonizada por la simpática pero irresponsable Becky Bloomwood, cuyas aventuras en las tiendas de Manhattan se convirtieron en la exitosa película *Confesiones de una compradora compulsiva*. Además es autora de otras cinco novelas independientes como esta que ahora tienes en tus manos.

¿Y qué tiene esta autora para gustar a tantos lectores? Las razones de su éxito son múltiples. Escribe con ritmo, con un estilo ágil, coloquial y directo. Los argumentos son ingeniosos y los presenta con gracia y con encanto. No es nada predecible. Nos divierte, nos arrastra como un torbellino y hace que nos riámos constantemente. Además, Sophie Kinsella escribe novelas románticas, chispeantes, y con protagonistas tan reales que creemos cien por cien en ellas a pesar de sus momentos más disparatados. Así es Sophie Kinsella. La autora vive en Londres con sus hijos.

CAPÍTULO 01

Perspectiva, solo necesito un poco de perspectiva. No es un terremoto ni un loco con un rifle ni una fuga radiactiva, ¿no? En la escala de desastres, no es de primera magnitud. Repito, no es un desastre de primera magnitud... Supongo que algún día recordaré este momento, me reiré y pensaré: «Ja, ja, ja. ¡Qué tonta fui por angustiarme de esa manera...!».

Déjalo, Poppy. No te esfuerces. No me hace ninguna gracia y, de hecho, hasta me estoy mareando. Aquí estoy, recorriéndome a tientas todo el salón de baile del hotel, con el corazón desbocado, registrándolo de arriba abajo y buscando inútilmente en la moqueta con el estampado azul, por detrás de las sillas doradas de banquete, debajo de las servilletas de papel tiradas por el suelo, en los lugares donde sé que es imposible que esté.

Lo he perdido. La única cosa en el mundo que se suponía que no podía perder. Mi anillo de compromiso.

Decir que este es un anillo especial es quedarse muy corta. Ha permanecido en el seno de la familia de Magnus a lo largo de tres generaciones. Es un pedazo de anillo con una esmeralda espectacular y dos diamantes, y Magnus tuvo que sacarlo de la cámara acorazada de un banco antes de pedirme que me casara con él. Lo he llevado sin problemas durante tres meses, dejándolo todas las noches sin falta en un platillo especial de porcelana, palpándolo y dándole vueltas en el dedo cada treinta segundos... y ahora, justo el día que sus padres vuelven de Estados Unidos, voy y lo pierdo. Tenía que ser el mismo día...

Los profesores Antony Tavish y Wanda Brook-Tavish están, en estos precisos instantes, volando de vuelta a casa después de pasar un semestre sabático en Chicago. Me los imagino perfectamente, comiendo cacahuets fritos con miel y leyendo artículos académicos en sus respectivos Kindles. Francamente, no sé cuál de los dos me da más miedo.

Él. Es muy sarcástico.

No, ella. Con ese pelo rizado, todo el día haciéndote preguntas sobre qué piensas del feminismo.

Está bien, los dos dan un miedo de narices. Y aterrizarán dentro de una hora y querrán ver el anillo, naturalmente...

No. No te pongas a hiperventilar ahora, Poppy. Piensa en positivo. Solo necesito plantearlo desde un ángulo distinto. Como... ¿qué haría Poirot en mi lugar? Poirot no se pondría histérico, presa del pánico, no. Conservaría la calma, ejercitaría sus pequeñas células grises y recordaría algún detalle insignificante y crucial que sería la clave de todo.

Voy a cerrar los ojos con fuerza. Pequeñas células grises. Vamos... Esforzaos todo lo que podáis.

El caso es que no estoy segura de que Poirot se hubiese pimplado tres copas de champán rosado y un mojito antes de resolver el asesinato en el *Orient Express*.

—¿Señorita? —Una señora de la limpieza con el pelo gris intenta rodearme con un aspirador y yo doy un respingo, horrorizada. ¿Es que ya van a pasar el aspirador? ¿Y si se lo traga ese cacharro?

—Perdone. —La agarro del hombro de nailon azul—. ¿No podría dejarme cinco minutos más para seguir buscando antes de que empiece a aspirar?

—¿Es que todavía está buscando su anillo? —Menea la cabeza sin demasiada convicción y luego se le ilumina la cara—. ¿A que resulta que lo encuentra cuando vuelva a casa? ¡Seguro que ha estado ahí todo el tiempo!

—Es posible. —Me obligo a asentir educadamente con la cabeza, aunque lo que tengo son ganas de soltarle: «¡No soy tan idiota!».

Descubro a otra mujer de la limpieza al otro lado del salón, limpiando migas y metiendo servilletas de papel arrugadas en una bolsa de basura. Esa mujer no presta atención a lo que hace. ¿Es que no me ha oído?

—¡Perdón! —chillo mientras me planto corriendo a su lado—. Está buscando mi anillo, ¿verdad?

—De momento no he visto ni rastro de la sortija, cariño. —La mujer vuelve a barrer con la mano otra tanda de desperdicios de la mesa y los mete en la bolsa de basura sin mirar siquiera.

—¡Cuidado! —Cojo las servilletas y vuelvo a sacarlas, palpándolas concienzudamente a ver si noto algún bulto sólido, sin que me importe llenarme las manos de glaseado de crema de mantequilla.

—Oye, bonita, que estoy intentando limpiar. —La mujer de la limpieza me quita las servilletas de las manos—. Mira qué jaleo estás armando... ¡Lo estás poniendo todo perdido!

—Lo sé, lo sé. Lo siento. —Me agacho para recoger los moldes de papel de las *cupcakes* que he tirado al suelo —. Pero es que no lo entiende, si no encuentro ese anillo, estoy muerta.

Me dan ganas de coger la bolsa de la basura y realizar un examen forense del contenido con unas pinzas. Me dan ganas de rodear la totalidad del salón con cinta policial amarilla y declararlo una escena del crimen. Tiene que estar aquí, tiene que estar...

A menos que se lo haya llevado alguien. Esa es la única otra posibilidad que se me ocurre. Una de mis amigas se lo ha probado, aún lo lleva en el dedo y, por lo que sea, no se ha dado cuenta. A lo mejor se ha caído accidentalmente en el interior de un bolso... quizá se ha colado en un bolsillo... se ha quedado prendado en los hilos de algún jersey... las posibilidades que barajo en mi cabeza cada vez son más y más rocambolescas, pero no puedo dejar de pensar en ellas.

—¿Has mirado en el lavabo de señoras? —La mujer me esquivo y sigue limpiando por detrás de mí.

Pues claro que he mirado en el lavabo. He buscado en todos y cada uno de los cubículos, de rodillas incluso. Y luego en los lavamanos. Dos veces. Y luego he intentado convencer al recepcionista para que lo cerrase y mandase examinar todas las tuberías, pero se ha negado. Ha dicho que sería distinto si yo supiera con certeza que lo había perdido ahí dentro, y que estaba seguro de que la policía estaría de acuerdo con él, y que si hacía el favor de apartarme del mostrador, que había gente esperando.

Policía. ¡Bah! Creía que en cuanto los llamase, vendrían a todo correr con sus coches patrulla y sus sirenas, y no que me dirían que me pasase por la comisaría a presen-

tar una denuncia. ¡No tengo tiempo de presentar denuncias! ¡Tengo que encontrar mi anillo!

Vuelvo a toda prisa a la mesa redonda donde estábamos sentadas esta tarde y me agacho para meterme debajo y palpar la moqueta una vez más. ¿Cómo he podido dejar que me pase esto? ¿Cómo he podido ser tan torpe?

Fue idea de mi amiga de la escuela Natasha sacar entradas para la merienda del Marie Curie Champagne Tea. No podía venir a mi despedida de soltera en el spa este fin de semana, así que lo de esta tarde era una especie de alternativa. Éramos ocho a la mesa, todas bebiendo champán alegremente e hinchándonos a pasteles, y fue justo antes de que empezase la rifa cuando alguien dijo: «Vamos, Poppy, vamos a probarnos tu anillo. Haz que rule».

Ni siquiera recuerdo quién lo dijo. ¿Annalise, tal vez? Annalise estudió conmigo en la universidad, y ahora trabajamos juntas en First Fit Physio, con Ruby, que también estaba en nuestro curso de fisio. Ruby también vino a la merienda, pero me parece que no se probó el anillo. ¿O sí lo hizo?

Ay, soy una calamidad para estas cosas. A ver, ¿cómo voy a hacer de Poirot si ni siquiera me acuerdo de lo más básico? La verdad es que me parece que todas, absolutamente todas, se han probado el anillo: Natasha, Clare y Emily (todas antiguas compañeras de clase en el colegio de Taunton); Lucinda (la organizadora de mi boda, que a estas alturas ya se ha convertido en una especie de amiga) y su ayudante Clemency; y Ruby y Annalise (que no son solo mis compañeras de universidad y de trabajo, sino que también son mis dos mejores amigas. También van a ser mis damas de honor).

Vale, lo admito: estaba regocijándome con toda aquella admiración. Aún me parece increíble que algo tan impresionante y bonito sea mío. El caso es que todavía no me acabo de creer nada de lo que está pasándome. ¡Voy a casarme! Yo, Poppy Wyatt. Con un profesor universitario alto y guapo que ha escrito un libro y hasta ha salido por la tele. Hace solo seis meses, mi vida amorosa era un completo desastre. Llevaba un año sin ninguna novedad significativa y estaba planteándome de mala gana si debería darle a aquel tipo de *match.com*, el de la halitosis, una segunda oportunidad... ¡y ahora solo faltan diez días para mi boda! Me despierto todas las mañanas y veo la espalda suave y llena de pecas de Magnus y pienso: «Mi prometido, el doctor Magnus Tavish, profesor titular del King's College de Londres»[1], y siento una leve punzada de incredulidad. Y luego me doy media vuelta hacia el otro lado y miro el anillo, que reluce con su brillo carísimo en mi mesilla de noche, y vuelvo a sentir otra punzada de incredulidad.

Dios mío... ¿¡qué va a decir Magnus cuando se entere!?

Se me encoge el estómago y trago saliva. No. No pienses en eso ahora. Vamos, pequeñas células grises. Poneos ya a trabajar.

Creo recordar que Clare llevó el anillo mucho rato. Ahora que lo pienso, no quería quitárselo. Entonces Natasha se puso a tirar de él diciendo: «¡Me toca a mí, me toca a mí!», y recuerdo que la avisé: «¡Con cuidado!».

A ver, que nadie piense que he sido una irresponsable, porque mientras circulaba por la mesa, no le he quitado el ojo de encima al anillo en ningún momento.

Lo que pasa es que entonces he tenido que dividir mi atención, porque ha empezado la rifa y los premios eran

fabulosos. Una semana en un palacete italiano, un corte de pelo en una peluquería exclusiva, un cheque-regalo para Harvey Nichols... En la sala había un alboroto impresionante, con gente que sacaba boletos sin parar y los números que se anunciaban desde la tarima y las mujeres que se levantaban de un salto y gritaban: «¡Yo!».

Y justo entonces ocurrió. Fue justo entonces cuando me equivoqué. Ese fue el momento decisivo, el instante en que todo pudo haber sido de otra manera. Si pudiera volver atrás en el tiempo, ese es el momento en que me plantaría delante de mí misma y me diría con severidad: «Poppy: prio-ri-da-des».

Pero es que una no se da cuenta, ¡qué va! El momento existe, está ahí, cometes tu error fatal y luego el momento pasa y ¡zas...! desaparece, y con él también se esfuma la posibilidad de hacer algo al respecto.

Y entonces lo que pasó fue que Clare ganó unas entradas para el torneo de Wimbledon en la rifa. Quiero a Clare con locura, pero siempre ha sido un pelín pánfila. No se levantó y gritó: «¡Yo! ¡Yupi!» a pleno pulmón, sino que solo levantó la mano unos centímetros. Ni siquiera nosotras —¡que estábamos en la mesa con ella!— nos percatamos de que había ganado.

Justo cuando empecé a advertir que Clare sujetaba un boleto del sorteo agitándolo tímidamente en el aire, la presentadora que había en la tarima dijo:

—Creo que vamos a tener que repetir el sorteo, puesto que no hay ningún ganador...

—¡Grita! —Empujé a Clare y me puse a agitar la mano como una loca—. ¡Eh! ¡Aquí! ¡La ganadora está aquí!

—Y el nuevo número es el... 4-4-0-3.

Para mi consternación, una chica de pelo moreno que había al otro lado de la sala empezó a gritar y a blandir un boleto en el aire.

—¡Ella no ha ganado! —exclamé indignada—. Has ganado tú.

—No importa. —Clare ya estaba encogiéndose de nuevo en su silla.

—¡Pues claro que importa! —grité antes de poder contenerme, y todas mis amigas se echaron a reír.

—¡Adelante, Poppy! —exclamó Natasha—. ¡Adelante, Caballera Blanca! ¡Ve y deshaz este entuerto!

—¡Sí, anda, Caballeri!

Esta es una broma de cuando éramos pequeñas. Solo por una vez, una sola, que ocurrió una cosa en la escuela, y empecé a recoger firmas para salvar a los hámsteres, todo el mundo empezó a llamarme la Caballera Blanca. O Caballeri, para abreviar. Por lo visto, mi supuesto grito de guerra es: «¡Pues claro que importa!»[2].

En fin. Baste con decir que al cabo de dos minutos me había subido a la tarima con la chica morena y la presentadora y estaba discutiendo con ellas y diciéndoles que el boleto de mi amiga era más válido que el suyo.

Ahora sé que nunca debería haber abandonado la mesa. Nunca debería haberme separado del anillo, ni siquiera un segundo. Comprendo perfectamente que fue una estupidez, aunque, en mi descargo, debo decir que yo

no sabía que iba a saltar la alarma antiincendios, ¿verdad que no?

Fue tan surrealista... Todo el mundo estaba sentado tranquilamente merendando y bebiéndose su té y su champán cuando, de repente, sonó el ruido atronador de una sirena y se armó la de Dios es Cristo, y todo el mundo se levantó y echó a correr en dirección a las salidas de emergencias. Vi a Annalise, a Ruby y a las demás coger sus bolsos y dirigirse hacia el fondo de la sala. Un hombre con traje apareció en la tarima y nos hizo andar a la presentadora, a la chica morena y a mí hacia una puerta lateral, y no hubo manera de que nos dejara ir hacia el otro lado. No dejaba de repetir: «Su seguridad es nuestra máxima prioridad»[3].

A pesar de todo, no es que estuviese preocupada, porque no creí que el anillo hubiese desaparecido. Supuse que alguna de mis amigas lo tendría a buen recaudo y que ya me reuniría con ellas fuera y lo recuperaría.

Fuera, naturalmente, reinaba un caos absoluto. Además de nuestra merienda, en el hotel se celebraba un importante congreso de negocios y todos los delegados salían en tropel desde distintas puertas hacia la calle, y el personal del hotel trataba de transmitir mensajes de calma a los clientes a través de los megáfonos, los coches pitaban sin parar y tardé siglos en encontrar a Natasha y a Clare en medio de todo aquel jaleo.

—¿Tenéis mi anillo? —les pregunté inmediatamente, tratando de que mi voz no sonara acusadora—. ¿Quién lo tiene?

Las dos me miraron con cara de perplejidad.

—No sé. —Natasha se encogió de hombros—. ¿No lo tenía Annalise?

Así que entonces volví a meterme en la barahúnda a ver si encontraba a Annalise, pero resultó que ella no lo tenía, creía que Clare lo tenía, y Clare creía que lo tenía Clemency, y Clemency creía que tal vez era Ruby quien lo tenía, pero ¿no se había ido ya?

Lo malo del pánico es que se apodera de tu cuerpo por completo. Tú sigues aún relativamente tranquila, sigues diciéndote: «No seas ridícula, ¿cómo se va a perder el anillo?», cuando, al cabo de un minuto, el personal de Marie Curie anuncia que el acto queda suspendido por causas ajenas a su voluntad y se pone a repartir bolsitas de recuerdo. Y todas tus amigas han desaparecido para irse a coger el metro. Y tu anillo sigue aún más solo que la una. Y una voceilla interior empieza a chillar: «¡Oh, Dios mío! ¡Ya sabía yo que esto iba a pasar! ¡Nadie debería haberme confiado nunca un anillo tan valioso, una auténtica reliquia familiar! ¡Craso error! ¡Craso error!».

Y así es como acabas debajo de una mesa de hotel una hora más tarde, buscando a tientas en la superficie de una moqueta llena de roña, rezando desesperadamente para que ocurra algún milagro (a pesar de que el padre de tu prometido ha escrito un libro superventas diciendo que los milagros no existen y que son todo supersticiones y que hasta decir «¡Oh, Dios mío!» es señal de debilidad mental) [4].

De pronto me doy cuenta de que mi móvil está parpadeando y lo cojo con manos temblorosas. Tengo tres mensajes y voy desplazándome hacia abajo para leerlos, esperanzada.

¿Ya lo has encontrado? Annalise. Bss

Lo siento, nena, pero no lo he visto. No t preocupes, q no le diré nada a Magnus. N. Bss

¡Hola, Pops! Dios, qué horror perder el anillo... Ahora que lo pienso, me pareció verlo... (nuevo mensaje de texto)

Me quedo mirando el teléfono, atacada de los nervios. ¿A Clare le pareció verlo? ¿Dónde?

Salgo de debajo de la mesa y me pongo a zarandear el teléfono, pero el resto del mensaje se niega en redondo a aparecer. Aquí dentro la cobertura es una porquería. ¿Cómo puede este hotel decir que es de cinco estrellas? Ahora tendré que salir.

—¡Oiga! —Me acerco a la mujer de la limpieza del pelo gris y le grito para que me oiga a pesar del ruido del aspirador—. Salgo fuera un momento a leer un mensaje pero si encuentra el anillo, llámeme, ¿de acuerdo? Ya le he dado mi número de móvil, estaré ahí mismo, en la calle...

—Sí, sí, no te preocupes, guapa —dice la mujer pacientemente.

Atravieso el vestíbulo del hotel a todo correr, esquivando a varios grupos de asistentes al congreso, y me paro un momento delante del mostrador de recepción.

—¿Alguna novedad de...?

—Nadie ha dejado nada por aquí todavía, señora.

En la calle me recibe un aire cálido y suave, con un ligero regusto a verano, a pesar de que todavía estamos a mediados de abril. Espero que dentro de diez días haga este mismo tiempo, porque mi vestido de novia lleva la espalda descubierta y cuento con que sea un día soleado.

Los peldaños de la escalinata de entrada al hotel son bajos y muy amplios, y los subo y los bajo una y otra vez,

moviendo mi móvil hacia delante y hacia atrás tratando en vano de conseguir cobertura. Al final me bajo a la acera de la calle, sacudiendo el teléfono con movimientos más salvajes, paseándolo por encima de mi cabeza y luego acercándolo a la apacible calle de Knightsbridge, donde no hay mucho tráfico, alargando el móvil con las puntas de mis dedos extendidos.

«Vamos, teléfono... —Trato de convencerlo mentalmente—. Yo sé que tú puedes. Anda, hazlo por Poppy. Descárgate el mensaje. Tiene que haber cobertura en alguna parte... Tú puedes hacerlo...»

—¡Aaaaaaah! —Oigo mi propio alarido de estupor antes incluso de darme cuenta de lo que ha pasado. Siento un dolor como si me hubiese dislocado el hombro y tuviese arañazos en los dedos. Una figura en bicicleta pedalea a toda velocidad hacia el final de la calle. Solo me da tiempo de ver una vieja sudadera gris y unos esmirriados vaqueros negros antes de que la bici doble la esquina.

Tengo la mano vacía. Pero ¿qué narices...?

Me quedo pasmada mirándome la palma de la mano con incredulidad. No está. Ese tipo me ha robado el móvil. ¡Ese tío me ha robado el puto móvil!

Mi móvil es mi vida. No puedo vivir sin él. Es un órgano vital.

—¿Señora, está usted bien? —El portero baja la escalera a toda prisa—. ¿Ha pasado algo? ¿Le ha hecho daño ese hombre?

—Me... me han robado —acierto a decir, tartamudeando—. Me han mangado el móvil.